

EXPANSIÓN DE NUEVA ESPAÑA EN EL LEJANO ORIENTE

Luis GONZALEZ
El Colegio de México

COMO ES BIEN SABIDO, no todos los españoles que pasaron a la Nueva España a raíz de la conquista venían con la intención de quedarse aquí. Muchos comerciantes, hidalgos y religiosos aspiraban a las fabulosas geografías de Marco Polo, Sir John de Mandeville y otros descubridores e inventores de paraísos e infiernos asiáticos. Compartían la misma aspiración el rey de España y los sabios del Renacimiento. La voluntad de saber novedades y adquirir riquezas, gloria, próselitos y súbditos en el ámbito del Asia, inquietaba a toda la espuma social de la península ibérica.

A los mercaderes les atraían del remoto Oriente los artículos magnificadores de la comida, la casa y la ropa de la élite europea: las especias (nuez moscada de Célebes, jengibre de China, clavo de las Molucas, canela, macis y otras) indispensables para preservar ciertos alimentos y satisfacer la gula de príncipes, nobles y ricos; las sedas, perlas, diamantes y perfumes exigidos por el atuendo personal de la gente de alcurnia, y las porcelanas y marfiles chinos que requería la suntuosidad de los palacios renacentistas.

Los hidalgos veían en el continente donde estuvo el Paraíso Terrenal, donde se situaban las atroces tierras de Gog y Magog, los tesoros de Ofir, las delicias de la corte china y los purgatorios de monstruos, amazonas, princesas encantadas y cristianos cautivos, el sitio adecuado para ejercer todos los hechos de fuerza, amor y fortuna necesarios para perpetuar su fama. El ámbito asiático era la parte del mundo que parecía prestarse mejor a la aventura caballeresca, la única que trascendía a la historia y a la literatura, la única que conservaba el nombre después de la muerte del hombre.

Los frailes presentían en el Asia una mies numerosa, fácil

y urgente. Por ser cuna de la humanidad se le suponía, y hasta cierto punto se le sabía, populosa. Era su población, según se rumoraba, fácil de convertir por ser culta y haber sido barbechada por misiones precursoras. Iba, por otra parte, y se tenían indicios de ello, en camino de caer en la "pestilente mazmorra" del Islam.

Los reyes de España, desde la arriesgada Isabel hasta Felipe el prudente, pasando por Carlos el emperador, pretendían convertirse en la imagen viva del poder absoluto, robusteciendo la autocracia regia dentro de la Península y dándole al Estado español la supremacía universal; aquello a fuerza de disminuir el señorío de los nobles y esto a base de conquistas y matrimonios. Por lo pronto, antes de conseguirse la unión de España y Portugal en 1581, la corona española se resignó al dominio del medio orbe concedido por Alejandro VI y deslindado en los convenios de Tordesillas; medio mundo que, al entender de Carlos V, abarcaba casi toda América y las zonas extremorientales del Asia: las Molucas, Célebes, Java mayor y menor, Conchinchina, China, Japón y otras tierras por descubrir. De ese medio mundo, hacia 1520, se dominaba rápidamente su porción occidental, pero se perdía, antes de haberse ganado, a causa de la invasión portuguesa, su parte oriental.

Los humanistas se sumaban al conjunto formado por comerciantes, caballeros, frailes, reyes y nobles. En la amplia curiosidad de esos sabios, las tierras y las costumbres del Oriente ocupaban un lugar de privilegio. A la vez que se estudiaban y traducían obras de Teopompo, Plutarco, Aristóteles, Tolomeo y Estrabón, se exigían y acopiaban noticias de los últimos hallazgos. En fray Ambrosio de Montesinos, ese afán se vierte en una décima:

"Los hombres que navegando
hallan tierras muy remotas,
cuando vuelven, que es ya cuando
los estamos esperando
en el puerto con sus flotas,

que nos digan les pedimos
las novedades que vieron:
y si algo nuevo oímos,
más velamos que dormimos
por saber lo que supieron”.

Por los años en que el dominio español pasaba de las Antillas a la tierra firme de América, el anhelo de incorporar el lejano Oriente a la economía, a la literatura histórica, a la religión, al gobierno y al saber españoles, en vez de distraerse con el disfrute del Nuevo Mundo, se robusteció. Los bienes materiales acarreados por la marina portuguesa, las exageradas narraciones de su tripulación, la intromisión de Portugal en tierras tenidas por españolas, el avance del Islam y la conciencia de disponer ya de la técnica indispensable para ver y poseer lo remoto, aumentaban día a día los atractivos del Asia.

Pero, por el momento, era una atracción distante e inalcanzada. Las dos rutas conocidas que conducían allá eran difíciles para los españoles. La más directa, breve y segura la cerraban numerosas llaves: la flota de Venecia, los sultanes de Egipto y Siria, los príncipes de la costa malabar y aun los mercaderes chinos y malayos. La atlántico-índica, inventada por los portugueses, además de caer, como la otra, dentro del medio mundo otorgado a Portugal, estaba bien resguardada por sus inventores.

España tuvo que decidir entre romper las cerraduras del doble camino oriental o establecer, como lo quiso Colón, una vía occidental. Y se decidió por lo segundo. Contaba para ello con una técnica eficaz y el “más fecundo error de todos los tiempos”. La parte técnica comprendía brújulas, correderas, ballestillas, astrolabios, veleros resistentes y de fácil maniobra y bocas de fuego unidas a los flancos de las naves. Lo que Ranke denomina “el más fecundo error de todos los tiempos” era la creencia en la pequeñez de la esfera terrestre. Se suponía que la distancia occidental entre Europa y el Asia extrema era corta, sólo un poco menos breve de como fue imaginada por Behaim y Colón. Por tanto, al mar visto

por Balboa en 1513, se le puso angosto y, por añadidura, pacífico.

En 1522, Hernán Cortés aseguraba que la vía occidental para el lejano Oriente, a la altura de las tierras por él conquistadas, era "muy buena y muy breve", dos terceras partes más corta que la portuguesa, "y sin ningún riesgo de los navios que fuesen y viniesen, porque irían siempre y vendrían por reinos y señoríos" del monarca español. Lo mismo creían el rey de España, los cartógrafos y muchos navegantes. Pero nadie ignoraba que para hacerla efectiva e insustituible eran necesarias dos operaciones previas: descubrir un buen estrecho interoceánico y dar con las zonas navegables del Pacífico. Después vendrían las maniobras complementarias del plan grande: obtener una base adyacente a los países deseados, ampliar el conocimiento de éstos y dominarlos uno a uno.

EL ESTRECHO INTEROCEÁNICO Y LA RUTA TRANSPACÍFICA obsesionaron a los exploradores españoles desde el momento en que Núñez de Balboa divisó la Mar del Sur en 1513. El deseo de contar con una vía navegable, directa y occidental, entre Europa y Asia, fragmentó las tierras del Nuevo Mundo en una serie de grandes islas, alineadas de polo a polo. Un mapamundi de Schöner propuso cinco masas terrestres, separadas entre sí por otros tantos pasos marítimos, tres de ellos practicables: al sur, el de Brasilia; al centro, el de Panamá, y al norte, el que se abría hacia el paralelo 40.

En 1519, Fernando de Magallanes partió en busca del paso austral. Después de catorce meses de peregrinaje atlántico, pudo decir: "Encontramos, por milagro, un estrecho de cuatrocientas millas que desemboca en el otro mar". Aunque lo milagroso no fue el haber dado con el estrecho, sino el atravesarlo. Tuvo que salvar bajos, sortear numerosas rocas, resistir borrascas y seguir por un laberinto de canalejas que muy pocos se atreverían a emprender en el futuro. El descubrimiento de Magallanes no sacaba de aprietos a los españoles. Era necesario un conducto más corto, menos arduo y a otra altura; el estrecho central del mapamundi de Schöner parecía ser el conveniente.

Hernán Cortés lo intentó. Caída México-Tenochtitlán fue en busca del estrecho preubicado al Norte y a una distancia razonable del lugar donde Balboa descubrió el Pacífico. Durante un par de años, fue un ir y venir de bergantines a lo largo de la costa de Panamá a Colima. Con Cortés colaboraron capitanes amigos y rebeldes. El afán de descubrir el encuentro de los mares puso en actividad a casi toda la hueste conquistadora.

Demostrada la inexistencia del estrecho en la zona centroamericana, se emprendió la segunda parte del plan preparatorio: la búsqueda del camino transpacífico. Aquí también Magallanes se adelantó, pero sin gran provecho. Su ruta resultó larguísima, lenta y riesgosa. En 1526 Carlos V quiso experimentar la sugerida por el gobernador y capitán general de la Nueva España.

He visto por vuestras relaciones —le escribió a don Hernán— que hacéis memoria de las cuatro carabelas o bergantines que teníades hechos y echados al agua en la costa del mar del sur; y como decís que las teníades hechas para el propósito del descubrimiento de la Especiería, por la gran confianza que yo tengo de vuestra voluntad, he acordado de encomendaros a vos este negocio. Por ende yo os encargo y mando, que luego que ésta recibáis, con la diligencia y gran cuidado que el caso requiere, deis orden como dos de las dichas carabelas, o una de ellas con el bergantín, o como mejor os pareciere... vayan en demanda de las islas de Maluco hasta hallar nuestras gentes, [pues] bien debéis saber, como el año de quinientos y diez y nueve envié una armada de cinco naos... de que fue por nuestro capitán general Hernando de Magallanes, de la cual algunos navios llegaron a las islas del Maluco... e la nao capitana quedó allá. Después, el año pasado de quinientos y veinticinco, mandé enviar otra armada... con ocho naos, en la cual fue por capitán el comendador frey García de Loaisa... y asimismo, este presente año de quinientos veintiseis ha partido Sebastián Caboto con otra armada de tres naos.

En cumplimiento de la real orden, en pos de la Especiería, salió del puerto de Zihuatanejo, al mando de Alvaro de Saavedra, la escuadra de Cortés. Dos de las tres naos se perdieron a mitad del camino, sin dejar rastro ni memoria. La superviviente logró establecer la ruta de ida. No consiguió nin-

guna cabeza de playa. La de Tidore, elegida por Magallanes y Loasia, estaba a punto de caer en manos portuguesas. Tampoco acertó con el tornaviaje. Saavedra intentó dos veces la vuelta por el oriente y dos veces fue derrotado. Cuando regresaba por el camino conocido, murió.

El desastre de Saavedra impresiona a su primo Hernán Cortés, quien se resigna en lo sucesivo a la búsqueda del estrecho interoceánico. Descartada la posibilidad de un paso en la zona intermedia entre Panamá y Colima, organiza expediciones en dirección noroccidental. En 1532 sale de Acapulco la encabezada por Diego Hurtado de Mendoza; topa con unos islotes y los bautiza con el nombre de las Tres Marías; padece motín a bordo, ataques de los indios, naufragio, cárcel y muerte. En 1533, a las órdenes de Diego Becerra y Hernando de Grijalva, se arriesgan dos buques más; el temporal los separa; uno da con las islas que andando el tiempo se llamarían Revillagigedo; en el otro, la tripulación mata al capitán Becerra. Hernán Cortés en persona dirige la tercera expedición en 1535; pierde dos de los navíos y mucha gente, y cree encontrar la California descrita en una novela de caballería. Los dos siguientes fracasos son sufridos por Tapia en 1537 y por Francisco de Ulloa en 1539. Este, a los 29 grados de latitud norte, descubre el cabo del Engaño, y poco después se pierde en el mar.

Al periodo de Hernán Cortés sucede el del aristócrata don Antonio de Mendoza. Todos los actos del nuevo jefe propenden a superar las proezas de su antecesor. Durante ocho años, a partir de 1535, Mendoza sufre la obsesión del estrecho interoceánico. A ella sacrifica tres expediciones marítimas, conducidas sucesivamente por Francisco de Alarcón, Pedro de Alvarado y Juan Rodríguez Cabrillo. Esta, que asciende hasta los 44 grados de latitud norte, hace perder toda esperanza.

Y como si esto fuera poco, al otro lado del Atlántico, a raíz de las desastrosas expediciones de Loasia, Caboto y Saavedra, Carlos V, en 1529, cedía a Portugal todos sus derechos a las Molucas y se fijaban los 17 grados al oriente de las islas como línea de demarcación. El tratado de Zaragoza hu-

biera sido el término del ideal asiático de los españoles si la conciencia moral del emperador no hubiese tenido la laxitud conveniente. En 1542, a trece años de distancia del acuerdo entre los monarcas español y portugués, salió del puerto de la Navidad, con rumbo a la Especiería, la expedición dispuesta por Carlos V, organizada por don Antonio de Mendoza y dirigida por Ruy López de Villalobos. Los expedicionarios hicieron un buen viaje de ida; bautizaron a todas las islas encontradas con los nombres de la familia real. De allí nació el nombre de las Filipinas. A mediados de 1543 volvieron sus proas a México. Los tifones los rechazaron seis veces consecutivas. Villalobos se dio por vencido, pero no su tropa que le exigió un séptimo esfuerzo. Iba a intentarlo en el momento en que las fiebres malignas, la hipocodría y el desánimo lo metieron en cama donde lo ayudó a bien morir el hombre más experto en asuntos orientales de aquel siglo, el futuro santo Francisco Xavier, a quien su piedad le dictó una carta dirigida a Simón Rodríguez, su publicista en Europa, en la que se lee:

Hermano mío maestro Simón [es necesario] dar aviso al emperador que no manden más armadas por la vía de la Nueva España a descubrir islas porque tantas cuantas fueren todas se han de perder... Son tan grandes las tempestades en gran manera que los navios no tienen ninguna salvación.

Con la muerte de Ruy López de Villalobos y la profecía terrorista del famoso apóstol del Oriente, murieron, en los viejos conquistadores y colonizadores de la Nueva España, las últimas esperanzas de domar al Pacífico. Cortés y los suyos, Mendoza y los suyos, dos generaciones de novohispanos envejecieron sin descubrir el estrecho interoceánico, sin apoderarse de ninguna isla del remoto Oriente, sin saber como regresar de allá, y sin una imagen medianamente clara de aquel mundo.

A una tercera ola que no se dejó vencer por el derrotismo senil de las dos anteriores ni por el dictamen profético de Francisco Xavier, le tocó ponerle un desenlace hasta cierto punto feliz al drama protagonizado en el primer acto por

Saavedra, y en el segundo, por López de Villalobos. En respuesta a una solicitud que partió de la Nueva España, Felipe II dispuso en 1559:

Os mando... envíes dos naos... las cuales envíes al descubrimiento de las islas del Poniente y les ordenéis... que procuren de traer alguna especiería... y daréis por instrucción a la gente que así enviáredes que en ninguna manera entren en las islas de los Malucos porque no se contravenga el asiento que tenemos tomado con el serenísimo rey de Portugal sino en otras islas que están comarcanas a ellas, así como son las Philipinas y otras que están fuera de dicho asiento... que tienen también especiería... y lo principal que les habéis de dar por instrucciones que luego den la vuelta a esa Nueva España, porque lo principal que en esta jornada se pretende es saber la vuelta.

La orden-permisó de Felipe II produjo, con la rapidez propia de la época, una hueste de 380 hombres y una armada de cinco navios. La hueste se formó con un mínimo de vagabundos forzados y una mayoría de gente libre, alguna con pericia marinera, otra militar y otra evangelizadora. Fuera de los indios, miembros de los demás grupos de la Nueva España se alistaron en la hueste; esto es, españoles, criollos, mestizos y negros. De los cinco navios, dos eran naos gruesas, uno galeoncete y los otros un patache y una fragata.

Acaudillados por Miguel López de Legazpi, y con el asesoramiento de fray Andrés de Urdaneta, cuatro de los buques fueron derechamente a las Filipinas. El patache, una noche, en medio de la oscuridad de ella, se separó de la flota e hizo el recorrido de ida y regreso solo y a ciegas. Legazpi, después de calar una docena de islas, determinó asentarse, con el grueso de su gente, en la de Cebú y despachar, en la nao capitana, a los marineros que descubrirían, con hartó trabajo, el tornaviaje, concluido el 8 de octubre de 1565 en la bahía de Acapulco. 16 hombres habían muerto en la travesía; algunos llegaron agonizantes; una docena desembarcó sana y salva.

Poco después, se despachó una carta a la metrópolis, donde consta la frase: "Los mexicanos están muy ufanos con su descubrimiento; tienen entendido que ellos serán el corazón

del mundo". Durante medio siglo, se trabajará para cumplir con ese destino cordial y hacer posible aquel terceto de la *Grandeza mexicana*:

En ti se juntan España con la China,
Italia con Japón, y finalmente
un mundo entero en trato y disciplina.

Lo hecho, con ser mucho, era sólo el principio. Todavía no se lograba hacer pie en el Oriente, aún no se medían las fuerzas de la parte apetecida, y quedaba por acometer la triple lucha con el Asia y sus dos cortejadores: el imperio portugués y el Islam. El programa era de ejecución difícil, pero al realizarse una de sus etapas más arduas, pareció fácil. Los hispanomexicanos que se quedaron allá en 1564, a pesar de ser tan pocos, se pusieron enseguida en obra para hacerse de una base de operaciones, de una repunta próxima a la meta, de un balcón desde donde se intentaría atraer, con gestos de galán, al Asia grande.

LA CONQUISTA DE LAS FILIPINAS fue una maniobra triplemente motivada. Obedeció al propósito principal de tener una base para futuras expansiones. El archipiélago filipino podía ser para el Asia lo que fueron para la tierra firme de América las islas del mar Caribe. Así lo entendió el maestro Mateo del Saz: "Es la mejor puerta que en todas estas partes hay para conseguir lo que Vuestra Majestad pretende para lo de adelante, así para la especiería del Maluco [como para] Burney... , costa de la China, Malaca, Sumatra, Japón, Java mayor y menor... Siam y otras riquísimas tierras e reinos abundantes, hartos de riqueza e contrataciones". Juan de Borja, embajador de Felipe II en Portugal, señaló que la creencia de los navegantes portugueses confirmaba la de Mateo de Saz y toda la hueste de Legazpi. Nadie dudaba en Portugal de la ventajosa situación de "aquellas islas... por estar muy junto a las otras donde se halla el clavo, la nuez, la macis y la canela... Por ser de allí la navegación a la China muy breve y muy segura, y asimismo para Japón, que

es tierra muy rica de plata y muy fértil, aunque la gente es muy belicosa por ser la tierra fría". Ningún portugués, por otra parte, apoyaba la idea de la conquista española de las Filipinas, lo que era un argumento más para proceder a conquistarlas. También el Islam veía con disgusto el establecimiento en el Oriente de una base hispanocristiana, lo que proporcionaba un tercer incentivo para establecerse allá. Así se confabularon, en la decisión hispanomexicana de someter a las Filipinas, la vieja enemistad entre viejos vecinos de Europa y el interés hispano y novohispano de tener un punto de apoyo para hacerse de las islas aromáticas del Sur, del Asia sudoriental, de China y del Japón.

En la toma de Filipinas, como todo mundo sabe, se emplearon las mejores maneras de que eran capaces los rudos españoles. Muchos ven en ese procedimiento el primer triunfo de la tesis de Francisco de Vitoria; otros la intervención de mexicanos, ya entonces célebres por su cortesía. Es verosímil una tercera interpretación. La monarquía española se coló suavemente en la base escogida para el asalto del Asia con el fin de no alarmar a la víctima e incluso de atraerla con demostraciones de amor hechas a sus próximos, los nativos de Filipinas. También cabe pensar en un ablandamiento de los conquistadores operado por la blandura del país y la gente del paraíso filipino. Tampoco se requería de dureza para someter tribus minúsculas hostiles entre sí.

Las instrucciones dadas a Legazpi disponían "usar todos los medios suaves para [someter a los filipinos] y proceder con toda manera de discreción y afecto". Aunque algunos conquistadores se rebelaron contra esa orden, el capitán se mantuvo, hasta su muerte en 1572, fiel a ella. Cuando llegó a la bahía de Manila, no quiso desembarcar sin tener previamente el asentimiento de los naturales, y para conseguirlo sostuvo durante cuatro días conferencias con los jefes de la comarca. Su sucesor, Guido de Lavezaris, "con mucha prudencia, valor y maña —según Morga—, continuó la conversión y pacificación de las islas".

Los soldados españoles, que tenían por costumbre coronar sus victorias con el botín, la esclavitud y la encomienda,

tuvieron que modificar sus hábitos. Se les prohibió el robo de los bienes muebles de los vencidos. Se dispuso también que no hicieran “esclavo a ningún natural por ninguna razón”. Y aun quiso quitárseles la encomienda y el tributo.

Hubo, a pesar de todo, muchas infracciones. En 1573 fray Diego de Herrera acusó a los colonos de esclavistas. Fray Martín de Rada vino en su apoyo con un vasto memorial. El gobernador Guido de Lavezaris esgrimió uno opuesto al de Rada. El rey reafirmó su actitud antiesclavista y ordenó la liberación de los siervos. El gobernador preguntó al obispo si la real orden “podía ser ejecutada con suavidad”. El obispo convocó a una junta de frailes para resolver al través de ella. La respuesta de los religiosos fue “que la libertad de los indios no podía diferirse por ser cuestión de derecho natural y divino y de justicia clara”. El gobernador apeló al rey. Felipe II reiteró su postura. Gregorio XIV apoyó al monarca con una declaración pontificia.

Los frailes, encabezados por el obispo Salazar, un antiguo alumno de Vitoria que predicó y enseñó en la Nueva España por más de veinticinco años, quisieron quitarles a los conquistadores aun el premio más precioso de su conquista: el tributo por vía de la encomienda. Salazar, en 1591, dijo de algunos encomenderos que no daban instrucción religiosa a sus encomendados y que debían devolver los tributos percibidos, y de los cumplidores afirmó que podían vivir con un tributo mucho menos cuantioso. En 1593 fue más allá. Negó casi del todo el derecho a exigir tributación, según lo cuenta muy bien Lewis Hanke. Poco después, fray Miguel de Benavides, el fray Bartolomé del Oriente, prosiguió la lucha hasta que una comisión de teólogos, reunida en 1596, dictaminó en su contra.

La conquista espiritual fue todavía más afable. No faltó un exresidente de la Nueva España, el padre Alonso Sánchez, que quiso meter el evangelio a la fuerza, pero se quedó solo en su pretensión. Aunque una tesis española veía en la matanza de sarracenos un piadoso deber cristiano, a los musulmanes de Filipinas se les aplicó, por regla general, lo dispuesto por Felipe II: “Bajo ninguna consideración debe-

réis hacer esclavos aquellos indios que hayan adoptado el culto de Mahoma; pero trataréis de convertirlos y de persuadirlos a aceptar nuestra santa fe católica". Con respecto a los mercaderes chinos que habitaban en el archipiélago, se insistió muchas veces en la cordialidad con que debería cultivárseles, como si fueran "plantas jóvenes y tiernas". Y por lo que mira a los naturales paganos, se procuró imbuirles el evangelio a la manera como habían procedido "los predicadores de Mahoma... con paz y mansedumbre".

El deseo de conseguir la conversión sin queja alguna, apoyó la tesis de sufragar los gastos apostólicos con dineros que no proviniesen de los nativos, sino del tesoro real o de otras colonias. Y el rey mismo la sostuvo. Si hemos de creer al jesuita Francisco Colín, se le oyó afirmar: "Por una sola ermita que en Filipinas conservase el santo nombre de Dios, gastaría la renta toda de mis reinos" "Nosotros ignoramos—comenta Chaunu— si Felipe II dijo la frase, pero la historia estadística demuestra que él gastó, para permitir la obra de unos 300 frailes... una fracción importante de los ingresos de la Nueva España".

En 1598, el año en que muere Felipe II, la conquista de las Filipinas era un hecho; era ya el archipiélago una base segura para la expansión hispano-mexicana en el oriente asiático. Ya también entonces se había esfumado la imagen del Asia construida por la Edad Media. Una nueva imagen, menos maravillosa y más temible y exacta que la medieval, venía a sustituirla.

LA IMAGEN DEL REMOTO ORIENTE, labrada por marineros, soldados y frailes durante media centuria del siglo XVI, abolió con mucho a la de Marco Polo. Entre los nuevos exploradores del Asia, muchos se dedicaron a describir aquel orbe y a contar sucesos que en él ocurrían. En el origen de esta conducta están (y quizá huelga decirlo) el gusto por las novedades de los humanistas, la orden expresa del gobierno español, el deseo de los autores de perpetuar su gloria y una forma de reportaje muy frecuentada por la gente europea de América.

Desde la época de los Reyes Católicos, se hizo obligatorio

para los aventureros hispanos el informar sobre sus viajes. Después, una de las primeras y más entusiastas actividades del Consejo de Indias fue la compilación metódica de relatos referentes a descubrimientos y conquistas. Y mientras los burócratas andaban a caza de noticias exóticas, los descubridores se desvivían por deponerlas, pues querían dejar memoria de sus hazañas.

Desde los tiempos de Colón, el medio elegido para el informe y el autobombo fue el género epistolar que ocupaba el sitio del periódico en el día de hoy. Y dentro de ese género, se impuso la especie llamada "carta de relación". En ella se dio cabida a la crónica de sucesos, la pintura de paisajes, el relato de costumbres, el parte militar, el reportaje político y la solicitud de mercedes. Ejercen el nuevo tipo de carta, con mayor o menor fortuna, Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Pedro Vaz de Caminha y otros descubridores de la primera hornada; lo sublima Hernán Cortés con las cinco cartas dirigidas al Emperador de 1519 a 1526, y lo mantienen en un nivel digno las distintas olas de españoles lanzadas al Pacífico.

De la expedición de Magallanes, quedan las relaciones de Ginés de Mafra, "hombre de pocas palabras y verdaderas", y de Antonio Pigafetta, italiano de elocuencia descriptiva y lenguaje toscó. Del viaje de García de Loaysa escribió, en forma muy llana, Andrés de Urdaneta. En cambio, la aventura de Alvaro de Saavedra no produjo ninguna carta de valor igual a las anteriores. Lo que nos legó es un brevísimo derrotero, ilegible en partes. Por lo general, despacha lo correspondiente a cada día en una o dos líneas, las indispensables para consignar el rumbo y las singladuras de los navios. En una ocasión condesciende al relato de costumbres, y logra hacer el más suscito que se conoce. A los encuentros entre españoles y portugueses de la Especería les dedica algo más y como postre da una breve noticia de sus dos intentos de retorno por el Pacífico.

La sequedad de Saavedra no logró superarla su compañero Vicente de Nápoles a quien las autoridades españolas le sacaron a tirones una información sobre lo visto y oído en el

desastroso viaje. Nápoles rara vez da una fecha exacta y nunca una descripción de paisajes, tipos y costumbres exóticas; reproduce literalmente los diálogos sobre asuntos de comida que sostuvo en los nativos y cuenta las escaramuzas habidas entre portugueses y españoles en la Especiería; en fin, dice poco del mundo donde vivió por ocho años y se descubre como un soldado devoto del alimento, la amistad y la guerra.

La aventura de Ruy López de Villalobos sí tuvo un narrador adecuado. García de Escalante, con sus noticias consiguió hacer apetitosas a las Filipinas e islas circundantes: Molucas, Borneo, Java, Sumatra y Célebes. De la toma de una aldea, escribe: "Se hubo mucha porcelana y algunas campanas que son diferentes de las nuestras; halláronse muchos olores como de almíscle, ámbar, menjuey, estoraque... y aceites de lo cual son viciosos... lo cual compran chinos que vienen a Mindanao y a las Filipinas. Halláronse algunas muestras de oro...".

En la tercera entrada, la de Legazpi, reaparece el derrotero. El del viaje de ida lo hizo Esteban Rodríguez. Se abre con nómina de naves y navegantes. Se explaya en la descripción de la flora, fauna y gente de las primeras islas encontradas. Acerca de Guam, recoge datos de toda índole, incluso un buen número de voces guanesas. Emplea pocas palabras en la descripción de las riquezas Filipinas; es breve en la historia de sucesos importantes, y largo para contar historias menudas: como la del salvamento de "una indiecita pequeña, de obra de tres años, muy bonita" que estuvo a punto de ahogarse; o como la del robo de la sobrina del rey Tupas.

Sobre el mismo asunto versa la relación dictada por Miguel López de Lagazpi, tres veces más extensa que la de Rodríguez y mucho más ajustada a las apetencias del destinatario. Dentro de un orden estrictamente cronológico y siempre en tercera persona, salvo en una ocasión, describe paisajes y costumbres; narra numerosos encuentros de paz y de guerra con los naturales, e informa de los procedimientos democráticos de su descubrimiento y conquista. Pero aparte de lo

visto, cuenta lo que supo acerca de los alrededores por boca de comerciantes, pues “siempre y con grandísimo cuidado se informaba de los moros qué cosas y mercaderías traen a estas islas y de dónde las traen y a qué precios las compran allá y las venden acá, y qué cosas vuelven de retorno de estas islas, y cómo se entendían por la lengua malaya y de más de esto se informaba de ellos de otras muchas particularidades de estas islas, de su calidad, cantidad, cosas que en ellas se cogen y crían, contrataciones, costumbres y religión”.

Acerca del tornaviaje escribieron sendos diarios los pilotos Esteban Rodríguez y Rodrigo de Espinosa. El de aquel es un puro derrotero que consigna rumbos, distancias y latitudes. Es más explícito Espinosa. Permite seguir la navegación por entre las islas del archipiélago filipino y la derrota exacta de California al puerto de Acapulco. No acierta con las distancias recorridas en mar abierto. Pensada para los marineros que transitasen después la misma ruta, abunda en expresiones imperativas: “No te llegues mucho en tierra”, “yendo gobernando entre estas dos islas, verás una tierra alta, llena de monte”.

De las aventuras del patache perdido por “la gran cerra-zón y oscuridad” de una noche, sobrevive una larga y reveladora relación del criollo don Juan de Arellano, capitán de la frágil nave de cuarenta toneladas que fue y vino sin saber como. Arellano se entretiene, a lo largo de su carta, en referir sus cuitas de navegante; en describir, sin mucha exactitud, islas e islitas y en relatar e interpretar costumbres insulares del Pacífico. Un botón de muestra:

El lunes 8 de enero vimos una isla; su gente es de buena disposición, altos de cuerpo, barbudos que les llega la barba a la cintura. Es gente codiciosa y gente del diablo, porque no pueden ser menos, según la parte que ellos viven, apartada de tierra firme... Son caribes y entiendo comen carne humana. Son muy grandes nadadores; púsele por nombre isla de Nadadores.

No oculta el temor que a sus veinte compañeros les produjo el arribo a las Filipinas donde “un indio pequeño se les hacía un gigante; una mata, una floresta, y una casa, mil;

lo uno por la poca experiencia que tenían y lo otro por la grande determinación de estos indios". Describe todo lo visto en Mindanao y en especial, la buena acogida que les dieron sus moradores, la abundancia de comestibles y las "porcelanas muy buenas y muy finas". Refiere las marejadas, los fríos, las grandes oscuridades, la sed, el hambre y la lucha contra los ratones durante el tornaviaje. Luce su mexicanismo en el uso frecuente de voces nahuas y las repetidas invocaciones a la virgen de Guadalupe a quien achaca el buen éxito de la aventura.

No menos interesante es la brevísima epístola que "narra el venturoso descubrimiento de los mexicanos". Escrita, al parecer, con base en las relaciones de Legazpi y Arellano, agrega observaciones de su propia cosecha. Prescinde de la crónica de los sucesos porque fueron tantos que la relación de ellos "ocupa veinte pliegos de papel". Se limita, pues, a referir el oro visto en los dientes y los trajes de los nativos; la abundancia de mantenimientos en todas las islas; el hallazgo de un niño Jesús "con su velo y pomo en la mano"; los rumores acerca de una tierra "rica en oro", de lucida gente", y con tal "cantidad de canela que la quemar en lugar de leña"; el encuentro con los moros, y el rito con que se selló la amistad entre Legazpi y el rey de Cebú. "Sacose el rey sangre del pecho y el capitán así mismo y echada la sangre de entrambos en una copa de vino, la partieron por medio y el uno bebió la una mitad y el otro la otra mitad, y aquello dicen que hace la amistad inviolable."

Durante la etapa de la conquista del archipiélago se producen numerosas cartas de relación. Además de los soldados, las escriben los frailes y los burócratas. En las varias relaciones de Miguel López de Legazpi, Andrés de la Mirandaola, Juan de la Isla, Martín de Goiti, Juan Pacheco Maldonado, fray Martín de Rada, fray Domingo de Salazar, el padre Alonso Sánchez y otros, se dan, junto a la crónica de los sucesos contemporáneos, suscintas descripciones del país y de la vida, religión y costumbres de los filipinos. En algunas de ellas se añaden bocetos de China y Japón.

En la carta de Andrés de la Mirandaola, de 8 de junio de

1569, se lee: "China es cosa gruesa... Hay gran policía... En el gobierno hay orden muy pulida... Pequín es la corte... El rey tiene puesta en toda su tierra gran diligencia y per-trechos". En su relación de 1572, fray Martín de Rada declara: "El reino de la China es el mayor del mundo... y tiene una muralla bravísima". En vísperas de su muerte, López de Legazpi describe, en una de sus cartas, los frutos de China. En otras hace referencias incidentales al Japón.

A las noticias esporádicas sobre los grandes imperios del remoto Oriente, siguen las minuciosas relaciones. La primera sobre China se debe a fray Martín de Rada que visitó a Fukien en 1572. Con la ayuda de intérpretes e informantes, da una imagen de aquel mundo que servirá de fuente a González de Mendoza para su *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China* (Roma, 1585). Al través de las 30 ediciones de esta obra, sacadas antes de concluir el siglo xvi, el occidente mudó su imagen del enorme imperio. Al poco tiempo, el padre Alonso Sánchez, escribe una breve enciclopedia de cosas de China: distancias, mares, costas, ríos, frutos, temple, mantenimiento, vino, cha, oro, madera, olores, porcelana, edificios, tiendas, población, mu-jeres, niños, escuelas, universidades, ciencias, escritura, papel, imprenta, religión, justicia, cárceles, ejércitos, marina y renta.

La imagen del Japón tuvo también muchos y notables artífices. El *Catálogo de los documentos relativos a las islas Filipinas existentes en el Archivo General de Indias de Se-villa*, de don Pedro Torres y Lanzas, consigna varias relaciones sobre el Japón hechas por hispanomexicanos. Ninguna, al parecer, supera a las historias de los jesuitas portugueses examinadas por Boxer en "Some Aspects of Western Historical Writing on the Far East", a la *Historia do Japam* del padre Luis Frois (1532-1597) y, sobre todo, a la *Historia de Igreja do Japão*, del padre João Rodríguez.

En suma, marineros, hombres de armas, oficiales reales y apóstoles dieron a conocer el lejano Oriente al imperio español. Con sus obras, aumentaron el deseo de poseer aque-las dilatadas, populosas y ricas naciones, pero también el temor de enfrentarse a ellas.

LAS CONQUISTAS DE CHINA Y JAPÓN, desde el archipiélago filipino, fueron quedándose en puros propósitos a medida que se ensanchó la conciencia del poderío y del desdén por lo occidental de los pueblos extremorientales.

Todavía en 1569 Andrés de la Mirandaola dictaminó desde Cebú: "Bien somos ciertos todos los criados de vuestra majestad que a su tiempo [el imperio Chino] será sujeto... y será aumentada y ensalzada la fe de Cristo en estas partes". Apuntó, además, un indicio favorable para la conquista inmediata: el temor del rey a quien "muchas veces sus astrólogos le han dicho que ha de ser sujeta" por gente de las comarcas orientales. Tres años después el padre Rada proponía otro factor ventajoso: La gente de China "es la más vil para la guerra que hay en el mundo, aunque pelean a caballo y a pie; pero el de a caballo no lleva espuelas y para pelear suelta las riendas".

Con todo, el gobernador López de Legazpi no se atrevió a hacerse responsable de la dudosa empresa de penetrar en el gran imperio sin antes consultarlo con el rey de España y el virrey de la Nueva España. Por fin, en 1572, el rey prudente dispuso el envío desde la Nueva España de una nave que explorase la costa de China, nao que no llegó a su destino porque Lavezaris, el sucesor de Legazpi, se opuso a la exploración. Tampoco tuvo eco la propuesta de Diego de Arteaga de internarse en China con cinco docenas de hombres. Ni siquiera el proyecto menos temerario del gobernador Sande se puso en práctica. Sande, basado en la supuesta cobardía de los chinos, ofrecía emprender la conquista con un máximo de seis mil hombres y sin pérdida de gente. El rey lo hizo desistir.

Por su cuenta, varios religiosos intentaron la entrada. El padre Sánchez se refiere a ocho empresas inútiles de esta especie. La de los agustinos comenzó con un buen recibimiento y terminó en expulsión vergonzosa. Una segunda de franciscanos, que se metieron secretamente por el río cantonés tuvo el mismo desenlace. Otra tentativa de frailes menores acabó en una chirona de Cantón. El propio viaje del jesuita Alonso Sánchez se redujo a un vistazo. No se le permitió hablar

una sola palabra acerca de la fe de Cristo. Una vez más, una tercera hueste franciscana conoció la cárcel de Cantón. Frailes de la misma orden, después de sufrir maltrato en Conchinchina, al pasar por el imperio celeste, cayeron presos. Por fin, un segundo esfuerzo fallido del padre Sánchez convenció a muchos jesuitas, franciscanos y dominicos "de la poca disposición de aquel imperio para convertirse a nuestra religión".

Las experiencias civiles no fueron menos desastrosas. Un navio llamado San Juan, yendo de Cavite a Acapulco, "se alzó y se fue a China, donde por industria y mafia le quitaron la hacienda" y aprendieron a los tripulantes. Otra fragata, que iba de México a Macao, también depuso dinero y gente.

De esas experiencias, el padre Sánchez, en 1588, sacó la conclusión, aceptada oficialmente por el Consejo de Indias: Todavía no era oportuno penetrar en el imperio Chino. Habría que resignarse, por lo pronto, a mantener relaciones comerciales con esa poderosa y soberbia nación y procurar, en amistad con los misioneros portugueses, adentrarse en el Japón, por una parte, y los endebles y divididos reinos del sureste de Asia (Cambodia, Conchinchina y Siam), por la otra.

La tentativa de conquistar el Japón fue monopolio portugués durante medio siglo. El *Teppo-Ki*, crónica escrita entre 1596 y 1614, habla de unos naufragos portugueses que la isla de Kyushu acogió en 1543 para aprender de ellos el arte de hacer arcabuces. En 1549 el jesuita Francisco Xavier llegó a Kagoshima. Desde allí escribió: "Me parece que no se encontrará entre los paganos una raza que iguale a los japoneses. Son gentes de maneras perfectas, generalmente buenas y sin malicia".

Atraídos por la propaganda de Xavier, acudieron al Japón muchos jesuitas y comerciantes del reino portugués. El papa Gregorio XIII les concedió a los primeros, en exclusividad, la conversión de los nipones. El poderoso daymio Oda Nobunaga, líder implacable de la unificación del país, los recibió con entusiasmo y sostuvo: son hombres "íntegros,

sinceros y que me hablan de manera sensata". Los jesuítas lograron convertir, en poco tiempo, a numerosos individuos de la clase samurai. Otro tanto hicieron, al margen de la orden pontificia, y sin tomar en cuenta la estructura social del Japón, con la gente pobre, los franciscanos provenientes de Manila. Aunque divididos y hostiles entre sí, los miembros de ambas órdenes (portugueses unos, hispanomexicanos los otros) edificaron una comunidad cristiana de 300 000 fieles. Pero el buen éxito duró poco.

Toyotomi Hideyoshi, aventurero de baja extracción y rostro de simio, ganó amigos entre los enemigos de Nobunaga y se hizo del poder. Obtuvo del emperador el título de Kampaku; pero su megalomanía lo empujó a empresas mayores. Aspiró a la conquista de China; exigió vasallaje y tributo al archipiélago filipino; vio con agrado los artefactos bélicos del Occidente, y con disgusto al cristianismo occidental; quiso atraerse a los comerciantes iberos y expulsar a los religiosos. Pero no consiguió la toma de China, ni la obediencia de los filipinos, ni el comercio con los occidentales sin tolerancia evangélica.

Poco después, la fanfarronería de un piloto español vino a descomponer las cosas. Trató de intimidar al gobierno del Japón con el despliegue ante él de un mapa del enorme imperio de Felipe II y con el cuento de que su soberano, para conseguir la posesión de cualquier país, despachaba previamente un grupo de frailes con el encargo de formar una reserva de nativos simpatizantes de la vida española que con el tiempo servía como punta de lanza de la dominación ibérica. Entonces Hideyoshi abrió los ojos. Dispuso en 1597 el martirio de algunos misioneros y neófitos. El temor cundió en las Filipinas. El obispo de éstas escribió en 1598: sólo un milagro puede salvar la colonia. Entonces murió Hideyoshi. Tokugawa Iyasu asumió el poder. Su lema fue "la paciencia"; uno de sus anhelos, atraer el comercio occidental a su país y obtener técnicos españoles para construir barcos.

La nueva luna de miel fue breve. Iyasu, a partir de 1600—según cuenta Storry— tomó como consejero para asuntos exteriores al inglés Will Adams, quien lo convenció de que

los católicos eran hombres de una especie muy insidiosa. De otro lado, el papa Paulo V permitió que los frailes de Filipinas acudiesen a la conquista espiritual del Japón. Como quiera, Ieyasu ejerció su paciencia hasta 1612. En adelante, promulgó edictos contra los cristianos. Acusó a los misioneros de "difusores de una ley malvada, tendiente a la subversión del orden y a la dominación por extranjeros del país de los dioses y de Buda".

Hidetada, su sucesor, se mostró mucho más severo. Aplicó ingeniosas torturas a los cristianos. En abril de 1638 mató a treinta mil convertidos que se habían opuesto con las armas a la tiranía de un daymio. Precursores de esa masacre fueron varias disposiciones. Unas ordenaron la salida inmediata de todos los españoles del Japón; otras prohibieron a los súbditos japoneses comerciar con España, Nueva España y las Filipinas. En 1639 se prohibió todo intercambio con Portugal. Un mensaje, dirigido ese mismo año a los ibéricos, selló el cierre definitivo del reino de los Kami y de Buda. En ese texto se lee: "Haced como si nosotros los japoneses ya no estuviéramos en el mundo".

Está claro que el descubrimiento de las rutas transpacíficas, la dominación del archipiélago filipino y la toma de conciencia de la geografía, el hombre y la cultura del remoto oriente, no fructificaron en las conquistas militar, política, espiritual y económica de las Molucas, China y Japón. Con todo, la obra hecha precipitó una larga tormenta de emociones y conductas. Los historiadores suelen recordar como sucesos memorables, descendientes de los conmemorados aquí y ahora, el viaje anual, durante dos siglos y medio, del galeón de Manila; el envío de vagos y malvivientes novohispanos a Filipinas; el acarreo a Nueva España de braceros amarillos; la difusión en oriente de voces nahuas y en México, de algunos términos orientales; la China Poblana y su traje; las peripecias de una navegación expuesta a piraterías, naufragios, borrascas, calmas y escorbuto, y el trueque de bienes materiales: mangos, mantones, muebles, sedas, porcelanas, especias y tamarindos del oriente a cambio de cacao, vino, aceite, y sobre todo, plata del occidente.